

Jesús Ambel Burgos:

**LA IDEOLOGÍA DE LA EVALUACIÓN COMO RIESGO
PARA LA CULTURA CONTEMPORÁNEA**

Comunicación presentada en el marco de la II Convocatoria *¿Quién está detrás de la cultura?* Jornadas en Granada de REU08. *Prácticas artísticas-políticas-poéticas, hacia la experiencia de lo común*. Estas jornadas forman parte del proyecto **REU08** incluido dentro del programa de **UNIA arteypensamiento**

La ideología de la evaluación como riesgo para la cultura contemporánea

Jesús Ambel

Psicoanalista. Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis

Agradezco a los organizadores haber aceptado mi intervención en esta Jornada de trabajo. Desde la autonomía propia al discurso analítico tal y como ha sido conceptualizado por Jacques Lacan, el psicoanalista tiene, en efecto, responsabilidades ciudadanas que comparte con el campo de la cultura. Desde Freud y su *Malestar en la cultura*, la orientación precisa que orienta esta amable conversación con los que os dedicáis a la cultura, es la del síntoma. Desde Freud y desde Lacan, los síntomas que podemos llamar “psy” responden siempre al discurso dominante de cada época. Es justamente lo que permite decir que no hay clínica del sujeto sin clínica de la civilización. Es importante, sin embargo, hacer una matización a este nivel: aunque el síntoma esté inmerso en la civilización, eso no lo hace social: es propio del sujeto.

La matización es importante porque pienso que, en la actualidad, son dominantes las concepciones del síntoma como “bio-psico-social” o como “déficit neuroquímico”. Se trata de concepciones del síntoma sostenidas a ultranza por una alianza de saberes universitarios y de poderes administrativos que se piensan únicos y que extienden su imperio sobre la intimidad y sobre esa relación específica con la verdad y con el dolor de la verdad que es lo propio del sujeto que habla. Me refiero de manera explícita a una práctica asistencial basada en la reducción del sujeto a la cifra. Hablo de una práctica que privilegia el sesgo cuantificador y que, basándose en un trato supuestamente igualitario, anula las diferencias entre los seres humanos y promueve una homogeneización que atenta contra lo que el ser humano tiene de más particular y singular.

He comenzado por hablar de síntomas para que se vea desde el principio desde dónde hablo. Lo que me permite, según creo, nombrar el síntoma a gran escala, el síntoma en la cultura, en la civilización, el síntoma mayor en que pienso que se concentra en la actualidad el malestar en la cultura. Para ello os propongo seguir las argumentaciones de un autor francés que recomiendo, Jean-Claude Milner, cuando nos invita a incluir los síntomas psy, los síntomas tradicionalmente localizados en los llamados trastornos o enfermedades mentales en lo que él llama “el malvivir” contemporáneo. Para Milner, el malvivir actual se dibuja así en el panorama contemporáneo como un campo “listo para invertir, en el sentido militar y financiero de la palabra”. Por eso, las disciplinas que se ocupan del malvivir estamos siendo sacudidas por la emergencia de este nuevo síntoma, de este nuevo malestar en la cultura. Mi tesis es que el campo de la cultura no escapa a ese malestar, aunque sólo sea porque sus partidarios hablan, precisamente, de la “cultura de la evaluación”. Para mí, la evaluación no es cultura, es una ideología corrosiva con la cultura.

La evaluación de la que hablo no tiene nada que ver con la metodología usada por los epistemólogos. No tiene nada que ver con la evaluación de los años ochenta que permitía pensar, enjuiciar y valorar lo realizado con vistas a mejorar las siguientes acciones. No tiene nada que ver con una parte del proceso metodológico. La evaluación de la que hablo son una serie de prácticas que vienen del control. Del control de los productos de la industria automovilística. En ese sector industrial, una serie de

cuestionarios son útiles para el control de la calidad de los motores. Una vez establecido, con la ayuda de casilleros acotados, su calidad es sometida a cálculos estadísticos que después se anotan en lo que los industriales llaman “el carné de salud del motor”. No me parece una coincidencia sin sentido el hecho de que los partidarios de la nueva evaluación se hayan apropiado del método industrial hasta conseguir hacer de la evaluación no una metodología, no una parte de un proceso, sino una ideología.

Una ideología que, por cierto, se expande como un reguero de pólvora. Se despliega por todos lados, tan lejos como le es posible llegar. No conoce límites, ni edades (se evalúa a los niños en las guarderías), ni sectores (la enseñanza, la investigación, la cultura, el arte, etc., le son sometidos), ni tampoco se le escapan, como he dicho, las dimensiones más recónditas de la personalidad, o incluso de la intimidad. Del mismo modo, encontramos también unidos por la ideología de la evaluación, el hospital, la justicia, la escuela, las universidades, las instituciones de investigación, las producciones culturales, la acreditación de las formas artísticas y las políticas públicas.

De manera progresiva, todos los sectores de nuestras democracias modernas se han visto afectados. En la actualidad reina como un amo. Con el argumento de atender a imperativos presupuestarios, concibe gobernar a los humanos y sus creaciones como productos industriales. Bajo una apariencia pragmática, la ideología de la evaluación se concreta, en el campo cultural, como el reino de la gestión.

El autor que me sirve de guía en el laberinto, Jean Claude Milner, nos desvela en un texto reciente lo que él llama “el gran secreto de la ideología de la evaluación”, la gran impostura contemporánea: es hacer que dos palabras homónimas: la medida y la ganancia, valor de cálculo y valor comercial, se conviertan en sinónimas. La evaluación deviene así en el modo actual por el que un poder (político o administrativo, general o local) ejerce su imperio sobre los saberes o las prácticas culturales porque pretende otorgar la norma de lo verdadero. De esta forma, aparecen en el panorama las figuras inquietantes de los “expertos evaluadores” que son presentados por el poder, lo reconozcan o no, como sus asesores áulicos, como aquellos que les dicen al oído cómo se mide y qué es lo rentable, a partir, seguramente, de leer en los posos del café las cantidades asignadas a sus burocráticas evaluaciones de impacto de lo programado. La inversión ideológica consiste en hacer pasar por una medida objetiva, factual, cifrada, lo que es un puro y simple ejercicio de poder.

Con la evaluación, el poder se dota así, de manera unilateral del estatuto de autoridad, de autoridad sin control: ¿no vamos a evaluar la evaluación de los evaluadores! Y ahí precisamente está la trampa, la gran impostura: hacer creer que existe un sistema de valor objetivo; hacer creer que fuera del sistema de la evaluación no habría ninguna posibilidad de examinar, de apreciar o de juzgar las diferentes actividades culturales o educativas, de enseñanza, de investigación, de cuidados sanitarios o de otros. De ese modo sutil la ideología de la evaluación, en su pretensión de generalizarse a todos los dominios de actividad, oculta y revela a la vez un deseo de dominio universal, un poder que se extiende sin control sobre todos los aspectos de la vida social y de la vida del espíritu.

Para Milner, “la ideología de la evaluación es la forma respetable de la ley de la jungla. No hace sino repetir el derecho del más fuerte, añadiéndole el disfraz de la exactitud y de la precisión”. Podemos, en consecuencia preguntarnos si es posible escapar a la

epidemia. Si es posible seguir pensando y haciendo cultura como un instrumento de construcción de un mundo en el que el vínculo social sea más importante que la rentabilidad.

La evaluación se instala en la indiferencia y en el silencio. Pero también se instala cuando la progresía de los años 70 y 80 toma los puestos de poder y aplica a rajatabla instrumentos evaluativos porque los considera democráticos y antiautoritarios. En su crítica al franquismo autoritario y a aquella manera que tenían los próceres y padres de la patria de gestionar lo público, encontraron en la evaluación y en la gestión una manera de implantar la igualdad y de hacer rentables los servicios públicos. Pasados los años de aquellas loables intenciones, lo que nos encontramos es a un sistema inquisitorial que dobla todos los procedimientos existentes hasta ahora de examen, de apreciación y de juicio, y que continúa poniéndose en marcha denunciando a aquellos que osen oponerse porque los califica de partidarios del status quo y de la ineficacia. Huyendo del padre se han refugiado en lo peor, como decía Jacques Lacan. La ideología de la evaluación ha invadido nuestras vidas sin que casi nos demos cuenta, casi sin reacción y sin resistencia, salvo del lado de los psicoanalistas y de los intelectuales ilustrados que todavía se preguntan por los derechos de la verdad. Hemos visto el peligro antes que otros. Por eso no queremos ir solos en esta guerra que se promete ardua y larga.

Vuestra acción cultural, al amparo de vuestros grupos y asociaciones culturales, vuestra creatividad, son focos de resistencia frente a una ideología de la evaluación que algunos llaman “cultura de la evaluación” sin saber que con esa denominación están señalando, precisamente, el nombre del malestar actual en la cultura. La Escuela a la que pertenezco, la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, está implicada con vosotros en la crítica ilustrada de las falsas ciencias y en la promoción de las libertades en la ciudad. Aún estamos a tiempo de negarnos a este atentado liberticida.

Nos dirán que somos partidarios de la ineficacia. Nos dirán que nos oponemos al progreso. Les diremos que llegó el momento de cortar por lo sano. Les diremos que la ideología de la evaluación no es una cultura. Les diremos que es una ideología de la muerte de la subjetividad y de la creatividad. Les diremos que el régimen de la domesticación generalizada, que la evaluación implanta por doquier, puede y debe ser puesto en suspenso. Les diremos que, hoy por hoy, esta guerra es una de las grandes causas de la humanidad.

Estas iniciativas como la que hoy celebramos debe ser una llamada a los profesionales de la cultura que ven cómo su trabajo se centra cada vez más en responder a las exigencias del sistema evaluativo y de gestión, llenando cuestionarios y elaborando estadísticas. Una llamada a despertar del sueño de la sinrazón evaluativa que les hace, como profesionales, desconfiar de sus saberes profesionales para fiarlo todo a las encuestas, como si éstas fueran la nueva conciencia del mundo.

Un trabajo nos espera, cada uno desde su organización, para estudiar y esclarecer el código de la nueva máquina. Es urgente encontrar, con creatividad, algunas buenas herramientas para obstaculizarla. Es pragmático comenzar a construir, juntos pero no revueltos, un formidable arsenal de armas necesarias para la contraofensiva.

Gracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemán, J., *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*, Grama, Buenos Aires, 2009
- Dessal, G., (comp), *Las ciencias inhumanas*, Gredos, Madrid, 2009.
- La Boétie, E., *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, Tecnos, Madrid, 1980
- Lacan, J., “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”, en *Escritos I*, Siglo XXI, 16ª edic., 1990, pp. 117-141
- Lacan, J., *El Seminario. Libro XVI, De un Otro al otro*, Paidós, Buenos Aires, 2007
- Miller, J-A., Laurent, E., *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Bs. As., 2005
- Miller, J-A., Milner, J-C., *¿Desea usted ser evaluado?*, Miguel Gómez ediciones, Málaga, 2004
- Milner, J-C., *La política de las cosas*, Miguel Gómez edic., Málaga, 2007
- VV. AA. *El libro blanco del psicoanálisis. Clínica y Política*, Gredos, Madrid, 2006